

ENTRESIJOS EDITORIALES DE LA PRIMERA VERSIÓN CASTELLANA DE *LA FORJA DE UN REBELDE* DE ARTURO BAREA

Editorial Ins and Outs of the First Spanish Version of *The Forge of a Rebel* by Arturo Barea

PABLO ROJAS SÁNCHEZ

UNED

pbrojas@talavera.uned.es

ORCID: 0000-0003-4880-780X

Recibido: 26-1-2023

Aceptado: 11-4-2023

DOI: <https://doi.org/10.51743/cilh.vi49.357>

RESUMEN

En la primera edición castellana de *La forja de un rebelde* de Arturo Barea publicada en 1951 en la editorial argentina Losada tuvo mucho que ver Guillermo de Torre, al que el propio Barea bautizó como «padrino». Reproducimos en este artículo las negociaciones que se entablaron entre el matrimonio Barea y Guillermo de Torre para que la publicación llegara finalmente a buen puerto. Partimos, para ello, de los datos aportados por Francisco Caudet en su edición de *La forja de un rebelde*, que enriquecemos con documentos inéditos procedentes del Archivo de Torre conservado en la Biblioteca Nacional (Madrid) y en la Universidad de Hamburgo.

PALABRAS CLAVE: Arturo Barea; *La forja de un rebelde*; Guillermo de Torre; Editorial Losada; exilio

ABSTRACT

In the first Castilian edition of Arturo Barea's *The forge of a rebel* published in 1951 in the Argentine publishing house Losada, Guillermo de Torre had a lot to do with him, whom Barea himself baptized as "godfather". We reproduce in this article the negotiations that were established between the Barea couple and Guillermo de Torre, as director of Losada, so that the publication would finally come to fruition. To do this, we start from the data provided by Francisco Caudet in his edition of *La forja de un rebelde*, which we enrich with unpublished documents from the Torre Archive kept in the National Library (Madrid) and in the University of Hamburg.

KEYWORDS: Arturo Barea; *The forge of a rebel*; Guillermo de Torre; Losada; exile

EN JUNIO DE 1941 se publicaba en inglés bajo el título de *The forge* la primera parte de la trilogía *La forja de un rebelde*, escrita por Arturo Barea. Su autor era prácticamente un desconocido dentro del mundo de las letras hasta ese momento. De ideas socialistas, pasó gran parte de la guerra civil trabajando en la Oficina de Censura de Prensa Extranjera, sita en el edificio de la Telefónica, en plena Gran Vía madrileña. Allí conoció a Ilse Kulcsar, socialista austríaca casada con un agente del Komintern. La muerte de este último y el divorcio de Barea de su primera esposa les permitirá contraer matrimonio en febrero de 1938, poco antes de partir al exilio: primero a París y después a Inglaterra, adonde llegan en marzo de 1939. Durante todo ese tiempo, Barea apenas había dado a la luz alguna pequeña colaboración en prensa y un libro de cuentos publicado en 1938 con el título de *Válcor y miedo*, editado en Barcelona por las Publicaciones Antifascistas de Cataluña. Su repercusión, dadas las convulsas circunstancias, fue muy limitada¹.

Barea, que había nacido en el seno de una familia muy humilde en 1897, hubo de labrarse su futuro a fuerza de sacrificio y tesón, como habría de reflejar en *La forja de un rebelde*, libro de claras resonancias autobiográficas. El libro recrea, como si de un tríptico se tratara, su trayectoria vital desde su niñez en el barrio madrileño de Lavapiés, pasando por su experiencia en la guerra de Marruecos para desembocar en la guerra fratricida del 36. Queda por tanto fuera del relato su experiencia del exilio que en cierta forma plasmará posteriormente en su libro *The broken root* (1951; publicado en castellano como *La raíz rota* en 1955).

Fue justamente en el exilio cuando comenzó a publicar la trilogía que tanta fama habría de reportarle, primero en el extranjero y mucho tiempo después en su país, pues la primera edición castellana publica-

¹ Damos aquí unas pequeñas pinceladas biográficas sobre Arturo Barea que colman nuestro propósito. Para mayores precisiones sobre su vida y su obra véase Nigel Townson [Barea, 2000b], Michael Eade [2001], William Chislett [2017] y Francisco Caudet [Barea, 2019: 13-365].

da en España se haría realidad en 1977, una vez acabada la dictadura. Mucho antes, como decíamos, se publicó *The Forge*, traducida por Peter Chalmers-Mitchell, antiguo cónsul inglés en Málaga. El autor no debió de quedar muy satisfecho con ella y en 1943 apareció una nueva versión, en la misma casa editorial –Faber & Faber– pero esta vez realizada por su esposa, Ilsa Barea. Ese mismo año sale de imprenta la segunda parte de la trilogía, *The Track*, que se completa en 1946 con *The Clash*. En 1946 aparece también en Estados Unidos la trilogía en un solo tomo, editada por Reynal & Hitchcock. El libro conoció pronto el éxito de público y crítica y concitó el interés de nuevos lectores con traducciones al danés, al italiano, al flamenco, al francés, etc.

Tal resonancia no pasó desapercibida a Guillermo de Torre, escritor español radicado en Buenos Aires, que estaba desde su fundación en 1938 al mando de la dirección editorial de Losada. Alentó allí diversas colecciones muy exitosas como Biblioteca Contemporánea, La Pajarita de Papel o Novelistas de España y América. En gran medida, la selección de títulos y de obras fue responsabilidad suya: Torre escribió muchos de los prólogos de estos libros y no pocas solapas (años después, bromeó con su trabajo como «solapista» en Losada)². Pero Torre, además, estaba siempre al tanto de lo que se movía en los círculos literarios internacionales con el fin de reclutar nuevos valores literarios para su sello. Además de una amplia red de contactos epistolares recibía con asiduidad ejemplares de las revistas más representativas del panorama intelectual de la época. Por ese motivo le llamó la atención el éxito cosechado por un autor español del que carecía por completo de datos vitales y bibliográficos. Téngase en cuenta que durante los años veinte y treinta, Torre se relacionó con todo aquel que en el terreno del arte y de las letras tuvo algo que decir en España³.

² Sobre la trascendental labor desempeñada por Guillermo de Torre en Losada, véase Fernando Larraz [2018: 23-72].

³ En los últimos años se han publicado numerosos epistolarios de Guillermo de Torre con diversas figuras del ámbito hispánico, que sería prolijo enumerar (Federico

Gracias a su amistad con el escritor Esteban Salazar Chapela, exiliado como Barea en Inglaterra, Torre entrará en contacto con este último y con su esposa Ilsa, una reputada traductora⁴. Hemos de tener en cuenta que, junto al interés editorial por la obra de Barea, Torre también deseaba darse a conocer entre el público angloparlante y, en este punto, Ilsa era un excelente eslabón pues amén de estar avezada en el campo de las traducciones mantenía buenas relaciones con importantes autores y revistas inglesas (baste citar los nombres de Stephen Spender y Cyril Connolly, fundadores de la prestigiosa revista *Horizon*, o del poeta T. S. Eliot, editor por entonces de Faber & Faber). Torre propondrá a Ilsa la traducción de su libro *La aventura y el orden* y de otro que quedará inédito titulado *Literatura española en el destierro*, pero este no es el asunto que aquí nos compete sino el diálogo que se establece entre el matrimonio Barea y el crítico asentado en Buenos Aires con el fin de que *La forja de un rebelde* apareciera por primera vez en español.

Ya en 1941 el propio Barea había realizado algunas gestiones para que su novela se editara en castellano, en este caso en México. El 1 de septiembre de dicho año se dirigió por carta a la Editorial Séneca, a cuyo frente se encontraba José Bergamín, ofreciéndoles un libro que ese mismo año se había publicado en inglés bajo el título de *Struggle for the Spanish Soul*. En dicha misiva muestra su «interés de que el libro sea editado en nuestra lengua» y de paso les informa de que ya ha publicado en Inglaterra otro libro titulado *La forja*, sobre el que ofrece algunos datos interesantes:

Una autobiografía novelada editada por la casa Faber & Faber y traducido por Sir Peter Chalmers Mitchell. Este libro ha merecido grandes elogios de

García Lorca, Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, etc.; muchas de esas ediciones han corrido a cargo del investigador argentino, radicado en Alemania, Carlos García). Sobre el ámbito internacional, menos explorado, véase Laurie-Anne Laget [2019].

⁴ Sobre la labor como traductora de Ilsa Barea véase Rosa Martí [2018]. Se ofrecen allí algunos datos sobre su relación con Torre.

la crítica inglesa, con excepción de los católicos. Se trata de una visión de la vida española en el principio de siglo, y prácticamente es un estudio sociológico fuertemente anticlerical, poniendo de relieve las raíces profundas de la Guerra Civil.

Barea remarca además: «Este libro sí creo que sería interesantísimo en español para el mercado americano»⁵. Al parecer Bergamín no tuvo en esta ocasión buen olfato editorial, cosa que en cambio no le faltó al siempre despierto Guillermo de Torre⁶. En un capítulo de su libro *Al pie de las letras*, titulado «Arturo Barea y su autobiografía novelesca» (que Torre, como enseguida veremos, ya había publicado en varios medios para publicitar la aparición de *La forja*), rememora su descubrimiento de la obra y del autor:

Fue a mediados de la década 40. Venía yo leyendo en el *Times Literary Supplement* de Londres, sucesivas reseñas, elogiosas, incitantes, sobre ciertos libros de carácter autobiográfico-novelesco, publicados por Arturo Barea, nombre inequívocamente español, pero del cual no había tenido ningún vislumbre hasta entonces. Mi curiosidad aumentaba por el hecho de no haberme topado nunca con su firma en América, entre la nómina de nuevos escritores revelados en el exilio y, sin embargo, tratarse, al parecer, de un novelista maduro, cuyos libros aparecían lanzados por una gran casa editorial como Faber & Faber, tras cuyo pie estábamos acostumbrados a imaginarnos el carisma que imponía Eliot, uno de los directores de la misma, a todos sus productos [Torre, 1967: 186].

La feliz casualidad de que Torre fuera amigo de Esteban Salazar Chapela hizo posible que, por su intermedio, entablara relación epistolar con los Barea. Así se lo traslada a Ilsa en una primera carta fecha-

⁵ La carta se conserva en el Archivo de la Fundación Pablo Iglesias. Agradezco a William Chislett la generosidad de proporcionarme una copia de ella. Véase también W. Chislett [2017: 29-30].

⁶ Para Francisco Caudet [Barea, 2019: 90] «el problema de Bergamín y de la editorial Séneca no tenía que ver con la falta o no falta de olfato literario sino con mezquinidades y miserias que el exilio se llevó consigo de España».

da en Buenos Aires el 10 de junio de 1946: «Nuestro querido y común amigo Esteban Salazar Chapela me comunica fragmentariamente el contenido de las cartas ha poco cambiadas entre ustedes con motivo de una sugerencia que yo me permití hacerle respecto a la posible traducción y publicación de algunos de mis ensayos en inglés»⁷.

Como se ve, uno de los primeros intereses que llevan a Torre a tratar con Ilsa tiene que ver con sus deseos de darse a conocer en el medio anglosajón pues, para su desgracia, sus obras apenas llegaron a traducirse a otros idiomas (más allá de algunos artículos vertidos al inglés o al francés insertos en revistas o en antologías). Pero junto a ese deseo también emerge el interés por la obra de Arturo Barea:

Ante todo quiero decir lo satisfecho y honrado que estoy de entrar en relación directa con ustedes [...] ya que desde hace algunos años me picaba la curiosidad el nombre de Arturo Barea, que había visto mencionado en varias reseñas del *Times Literary*, sin que me hubiera sido dado encontrar aquí esos libros de un nuevo escritor español revelado en el destierro, con excepción del pequeño volumen sobre Federico García Lorca, que leí en su día con todo interés⁸.

⁷ Salvo mención expresa, las cartas que citamos proceden del Archivo personal de Guillermo de Torre, guardado en la Biblioteca Nacional de Madrid (sign. Mss. 22819). Agradecemos a Miguel de Torre Borges (q.e.p.d.) y a Uli Rushby-Smith la autorización para publicar algunos fragmentos. Francisco Caudet [Barea, 2019] utiliza en su exhaustiva introducción de *La forja de un rebelde* algunos de los textos aquí citados para refrendar sus argumentos, sin embargo, no tiene en cuenta las cartas que Torre envió al matrimonio Barea (al respecto, apunta: «Se conservan las cartas de Ilsa y Arturo Barea pero no las suyas a ellos» [Barea, 2019: 92]), ni las misivas conservadas en la Universidad de Hamburgo. Lo cierto es que, como esta primera carta atestigua, también se conservan en la Biblioteca Nacional de Madrid algunas cartas enviadas por Torre a los Barea.

⁸ El primer artículo dedicado por Torre a Barea (primero que se publicó en español) apareció en 1947, en las páginas de la revista porteña *Saber vivir*. Se abría con estas informaciones, que creemos conveniente reproducir aquí porque desaparecieron de ulteriores versiones (véase bibliografía): «En el *New York Times* de hace pocos meses un artículo firmado por Orville Prescott elogiaba sin reservas *The forging of a rebel*, libro de Arturo Barea. Más recientemente, en el mismo diario –pero en su suplemento

En efecto, *Lorca: the poet and his people* había aparecido en 1944. No era raro que aquel libro interesara a Torre, pues había sido buen amigo del poeta granadino y el primer editor de sus obras completas, tarea benemérita que inició en 1938.

A partir de esa carta dirigida a Ilsa comienza un fructífero diálogo que proyecta luz sobre los avatares editoriales de la primera edición en español de *La forja de un rebelde*, que aparecerá publicada en tres tomos en Losada cinco años más tarde. Ello contribuirá, desde luego, a que llegue a un público más amplio, el de habla castellana, e incluso a España por donde circuló, aunque fuera de forma clandestina y extraoficial.

Apenas seis días después de recibir la carta de Torre, Ilsa le contesta con otra que llega a Buenos Aires el 24 de junio de 1946 (lo sabemos porque Torre tenía la costumbre de marcar en su correspondencia la fecha de recepción con una «R» y la de contestación con una «C»). En ella, Ilsa se ofrece para traducir y colocar algunos de los artículos de Torre en revistas inglesas, también para enviarle breves reseñas sobre libros actuales escritos en inglés. Pero, un poco más adelante, pasa a hablarle sobre la obra de su esposo:

Si no fuera quien soy, me gustaría hablarle de los libros de mi marido que no conoce aún. Me parecen un esfuerzo bastante original de realismo imaginativo. Al menos sé que es original en el sentido que no tenía modelos y que «à la recherche du temps perdu» seguía un método estrictamente suyo. Estoy averiguando si nuestro agente literario (que no hace más que los contratos, porque en regla general los contactos los hago yo, al menos aquí

dominical de libros, donde florecen los *best-sellers* un tanto artificiosamente—, otro artículo firmado por Thomas J. Hamilton —el autor de *La España de Franco*— abundaba en las mismas ponderaciones, señalando que pocos escritores conocen España tan bien como Arturo Barea. El semanario *Time*, también de New York, que habitualmente sólo destaca las obras sensacionales, consagraba a ésta ancho espacio. Brentano's ha hecho una exposición del libro en sus escaparates de la Quinta avenida. Y otros muchos juicios confirman que la obra de Barea está deviniendo un *best-seller* auténtico, al punto de encararse su filmación en Hollywood» [Barea, 1947].

en Inglaterra) ha mandado ya ejemplares de tres libros *The Forge*, *The Track* y *The Clash* a Buenos Aires a su corresponsal allí. En este caso avisaría por correo aéreo al corresponsal y él podría mandárselos enseguida desde ahí. Si no mandaremos los libros por un inmediato correo. Siento que el único ejemplar español original que nos sobra esté en manos del traductor francés. Es un tal [Paul] Verdevoye a quien la casa Gallimard ha encargado con la traducción⁹. La trilogía se está publicando actualmente en EE.UU., Dinamarca, Holanda, Francia e Italia. Naturalmente sería mucho más interesante para mi marido si usted leyera los originales españoles. Actualmente los está recopiando él, ya que no hemos podido encontrar un copista español, al menos uno que hubiéramos podido pagar. Arturo ha intentado una flexibilidad del estilo que a mí como traductor ha hecho grandes dificultades: ha escrito el primer tomo, el de la infancia y juventud, en presente histórico y con un vocabulario netamente popular que va cambiando y creciendo según el desarrollo de la mentalidad del muchacho. El segundo tomo está escrito distintamente, más seco y tal vez más árido como corresponde al choque de la campaña de Marruecos. El tercero sobre la guerra civil, tiene (para mí) un estilo más sereno y más emotivo a la vez. La dificultad con estos libros es que no son de literato, sino de un hombre corriente hecho escritor *malgré soi*, sin teorías pero con visión sensual bastante fuerte y siempre con aquel *background* proletario y anti-intelectual. Aquí en Inglaterra el éxito ha sido casi más con el público semi-intelectual que con los *highbrows*: pero ha sido un éxito que hasta a mí me está asombrando... En fin usted lo verá.

El fragmento merece algún comentario. Algunos estudiosos de la obra de Barea dan como hecho cierto que este –por despiste– perdió la versión española de *La forja* y que por tal motivo tuvo que retraducir (entero o al menos una parte sustancial) el libro del inglés junto con su esposa. Sostienen esa teoría basándose en la presencia de varios anglicismos: Nigel Townson [Barea, 2000a: XI] señala a este respecto que, en su edición de *La forja* en un solo volumen para Destino, corrige –por primera vez– 19 de esos anglicismos. Lo cierto es que, según le informa Ilsa a Torre, el matrimonio poseía una copia en español (al

⁹ Sobre la labor de Paul Verdevoye como traductor, véase Béhar [2021].

menos hasta 1946), de la que Arturo, personalmente, estaba realizando una copia adicional. Aunque pudiera suceder, resulta un tanto rocambolesco que después enviaran a Losada un texto diferente. Téngase en cuenta, además, que al parecer existía otra copia en español en manos de su traductor francés, que podrían haber requerido en caso de ser necesario¹⁰.

En efecto, Paul Verdevoye, hispanista francés, profesor de la Sorbona, fue el encargado de traducir *La forja de un rebelde*. Como apunta Ilsa Barea, los libros aparecieron en Gallimard, pero sólo vieron la luz los dos primeros volúmenes: *La forge* y *La route*, ambos en 1948. A partir de la alusión de Ilsa Barea al hecho de que el único ejemplar en español sobrante estuviera en manos del traductor francés, Francisco Caudet abre el siguiente interrogante: «¿se refería a *La forja* o a las tres novelas?», a lo que responde: «Todo apunta a que se estaba refiriendo solamente a *La forja*». Añade, además, la siguiente hipótesis:

Atando una serie de cabos sueltos, he llegado a la conclusión, a la que ya había llegado antes Nigel Townson, de que todas las traducciones de las tres novelas a otros idiomas, que no fuera al inglés, se llevaron a cabo a partir de la versión inglesa de Ilsa Barea. Hay una excepción, *La forja*, que tradujeron Sir Peter Chalmers-Mitchell al inglés y Paul Verdevoye al francés de un manuscrito original en español [Barea, 2019: 94].

Puede que tal cosa ocurriera para otros idiomas, pero no para la edición francesa. Un primer indicio que nos lleva a esta conclusión tiene que ver con el escaso margen en el que aparecieron los dos volúmenes en Gallimard: *La forge* tiene como pie de imprenta el 28/6/1948 y *La route* el 2/12/1948. En una carta enviada por Barea a Torre el 24 de junio de 1946, se refiere a Verdevoye como el traductor de «mis libros» (el plural resulta significativo). Parece sensato suponer que Verdevoye

¹⁰ También Guillermo de Torre intercambió correspondencia con Paul Verdevoye, al menos desde 1948.

trabajó desde un principio con el manuscrito completo original en español de *La forja de un rebelde*. Además, en la primera página de ambos libros, se informa de que las traducciones procedían del español. Refrenda esta afirmación el testimonio de Ilsa Barea, tomado de Nigel Townson [Barea, 2000b: 26] y aducido por Francisco Caudet (en un sentido diferente), cuando apuntó que «casi ningún traductor estaba suficientemente familiarizado con el vocabulario coloquial, directo y muy poco académico de Arturo, con la excepción del traductor francés» [Barea, 2019: 94]. Resulta, por tanto, poco verosímil sostener que el hispanista Verdevoye tradujera *La ruta* del inglés, habiendo partido previamente en *La forja* del español. ¿Por qué no se publicó *La llama* en francés? Probablemente por razones de índole comercial, tal vez porque no se cosechó el éxito apetecido con las dos primeras entregas. Lo cierto es que Verdevoye se empleó también en esa labor. Lo sabemos por una carta que éste dirige a Guillermo de Torre el 10 de mayo de 1949, excusándose de verter al francés textos del crítico madrileño porque «ahora tengo que terminar la traducción del tercer libro de Barea, *La Llama*» [Béhar, 2021: 70]¹¹. Sería desde luego revelador poder acceder al archivo de Paul Verdevoye, que falleció en 2001, aunque, por desgracia, desconocemos su paradero.

Ilsa ofrece a Torre ejemplares de la trilogía enviados por su agente a Buenos Aires. Justamente el día que Torre recibía la carta de Ilsa, su esposo vuelve a escribirle para informar de lo siguiente: «Mi agente literario me dice que no hay ejemplares de mi trilogía en Buenos Aires y por tanto le mando una colección por correo normal. A la vez, y posiblemente, por lo que ahorrara tiempo (sic) escribo a mis editores en Nueva York que la tienen en prensa en un solo volumen bajo el título *The Forging of a Rebel* que le envíe un ejemplar de revista directamente». En efecto, fue en 1946 cuando la editorial neoyorquina Reynal & Hitchcock publicó en un solo tomo la trilogía.

¹¹ Fondo Guillermo de Torre, BNE, sign. 22831/110.

En una nueva carta, expedida desde Buenos Aires el 28 de julio, Torre informa a Ilsa de que la prometida remesa no ha llegado todavía: «espero leer sus libros pronto, aunque claro es, hubiera preferido tener el texto castellano». De su recepción dará cuenta en otra misiva fechada el 14 de octubre: «Ante todo, acuso recibo a los tres libros de Arturo, recién llegados, que me dispongo a leer, y no es fórmula, con todo interés, si bien hubiera preferido conocerlos en castellano, pues para mí el idioma originario de un escritor es consustancial».

Tras un periodo de silencio, Guillermo de Torre retoma la conversación con los Barea el 1 de enero de 1947, contestando a otra misiva (perdida) del 22 de octubre. Torre les informa de su relación con Ángel Flores «escritor de origen portorriqueño y de expresión inglesa, que se ha singularizado mucho como hispanoamericanista y crítico de literatura moderna», y les pide que se pongan en contacto con él por el motivo siguiente:

Este amigo prepara, de acuerdo con un plan que yo le he enviado, una antología de escritores españoles modernos de ficción, que se llamará algo así como *Modern Spanish Fiction* y para la que yo haré un prólogo. Le interesa incluir desde luego algo de Arturo, pero no de las novelas, sino cuento. ¿Quiere remitirle alguno sin demora, puesto que usted ya tiene los textos en inglés y no necesitará él traducirlos? Conviene que le pasen también el mismo encargo a Salazar Chapela para que le envíe asimismo un cuento o novela corta.

Como se ve, Torre estimaba la labor de Barea como narrador y se ocupa y preocupa por difundir su obra. Barea le hará caso y enviará a Flores el relato «Paris 1938» (recogido después en *El centro de la pista* como «A la deriva (París, 1938)») que formará parte del libro *Spanish Writers in Exile* (Sausalito, Bern Poster, 1947). Le acompañarán en aquella antología Benjamín Jarnés, Joaquín Arderius, Antonio Espina, César M. Arconada, Rosa Chacel, José Herrera Petere, Max Aub, Antonio Sánchez Barbudo, Rafael Dieste y Francisco Ayala. Desconoce-

mos los motivos por los cuales Esteban Salazar Chapela no fue incluido en la recopilación¹².

En la carta que citamos, Torre da noticia también de la aparición de una reseña en el *New York Times* (que le había proporcionado el mencionado Ángel Flores), escrita por Orville Prescott y publicada el 3 de octubre de 1946, la cual «constituye una buena presentación de *The Forging of a Rebel*»¹³. Apunta que ya ha leído la trilogía pero que no dispone de tiempo suficiente para realizar un análisis detallado de la obra, aunque promete escribir un artículo en el que plasme sus impresiones¹⁴. Incide de nuevo en que le habría gustado leer el libro en español «porque para mí el idioma, la expresión, es casi inseparable de lo expresado, sino para mayor facilidad de lectura, pues una de sus características es la amenidad, el interés constante y progresivo del relato».

Pese a esa falta de tiempo de la que dice adolecer, Torre se enfrasca en la enumeración de varias vivencias personales que el libro de Barea hace aflorar en su interior, y que, dado su interés, transcribimos a continuación por extenso:

Mientras pasaba las páginas del primer volumen, *The Forge*, volví en gran parte a ciertos lugares y ambientes, a una atmósfera de época que pocos años más tarde que a Arturo a mí me fue también familiar y cotidiana: me refiero a los alrededores de la Plaza de Oriente y del Teatro Real (el colegio donde yo estudié el bachillerato estaba en la calle de la Cruz a un paso de la

¹² Alguna información adicional de este proyecto puede encontrarse en Domingo Ródenas de Moya [2018: 17].

¹³ Véase nota 7.

¹⁴ Se trata del mencionado artículo publicado en *Saber vivir*. El aparecido dos años más tarde en la revista uruguaya *Número* no es, como sostiene Francisco Caudet [Barea, 2019: 91], el que presente a Barea «por vez primera al mundo hispano», sino una actualización del anterior. Por ejemplo, mientras que, en 1947, Torre manifiesta su deseo de que la traducción de *La forja de un rebelde* llegue al español («ojalá pronto [la] puedan leer todos en castellano» [Torre, 1947]), en 1949 ya es un proyecto en marcha: «la curiosidad de estos [los hablantes de habla hispana] pronto podrá quedar satisfecha mediante la edición que imprime actualmente Losada en Buenos Aires» [Torre, 1949a: 274].

plaza de Isabel II, con la estatua; yo iba allí todos los días subiendo la cuesta del Paseo de San Vicente, donde vivía, en una casa al lado de la imprenta Rivadeneyra, frente a los jardines del Campo del Moro y no muy lejos del Manzanares, por consiguiente, pasando cotidianamente por la plaza de la Encarnación y los talleres de Ungría). Resulta, pues, que independientemente de otras diferencias externas (clase media la mía; mi padre, abogado y notario; un abuelo mío, hombre de negocios; el otro, catedrático) y cómo estas felizmente nunca han establecido diferencias radicales en España –si las comparamos, al menos, con las que producen en Inglaterra– Arturo y yo hemos tenido como escenario infantil muchos lugares comunes como atmósfera de los primeros años. Eso me permitió admirar la netitud de sus descripciones y evocaciones, el extraordinario vigor, el desenfado y la franqueza –de abolengo barojiano, pero sin huellas concretas con que cuenta todo–. No pude hacer la misma confrontación de identidad en el segundo tomo, puesto que felizmente yo no fui a Marruecos, y ni siquiera hice el servicio militar (era tal ya mi antimilitarismo que estaba dispuesto a desertar, a cualquier costa, y lo acontecido después no ha hecho más que exacerbar tal sentimiento hasta el límite), pero sí admirar la crudeza con que narra las bellaquerías castrenses. Volví a establecer contacto con la realidad conocida en *The Clash*, pues mi visión de la guerra –aunque sólo estuve allí los primeros meses– coincide en gran parte con su visión independiente y superpartidaria, encontrando además siluetas de personajes que también yo he tratado durante años. ¿Sabían ustedes que, durante mi primera estancia en Buenos Aires, en 1929 y los dos o tres años siguientes, yo trabajé durante una temporada en el diario *La Nación* y en la misma sección que Rubio Hidalgo? Dios le haya perdonado, puesto que hace poco supe que murió en París, pero no era una buena persona ni cosa parecida. Tramposo, enredoso, jugador por estupidez, nos hizo algunas «faenas» a sus colegas en dicho periódico. Fue una «inocentada» del inocente Álvarez del Vayo llevarle a aquel cargo durante la guerra. Esa guerra que ustedes aguantaron tan fabulosamente desde la Telefónica, lugar para mí también más que familiar, pues viví durante muchos años enfrente, en un hotel de la Gran Vía, calle «gloriosamente» denominada hoy «Avenida de José Antonio».

El mencionado Luis Rubio Hidalgo fue jefe de la oficina de prensa extranjera y propaganda del Ministerio de Estado durante la guerra civil, nombrado por Julio Álvarez del Vayo, ministro por entonces del ramo. Barea estaba a sus órdenes y heredó su puesto cuando la admi-

nistración se trasladó a Valencia en noviembre de 1936. El paso del gobierno a la retaguardia y el abandono de la ciudad de Madrid indigna a Barea que en *La llama* retrata a Rubio Hidalgo de la siguiente guisa: «No entrarían los otros [en Madrid] tan sencillamente como aquella cara fría de huevo cocido creía y afirmaba con una sonrisa miedosa» [Barea, 2000a: 681; 2019: 1125].

En su extensa carta, que disuena con la premura con la que dice redactarla, Torre continúa realizando interesantes reflexiones, esta vez relacionadas con la posibilidad de que el libro se edite para lectores de habla española:

Pero ya ven ustedes cómo en rigor la realidad se me mezcla demasiado con los hechos de esos libros y no acierto a hablarles de ellos objetivamente, con el cumplido objetivismo que cuadra a un crítico literario. Pero ¿caso no pasará lo mismo, en mayor o menor grado con todos los lectores españoles que encuentren esos libros? Porque no sé si me equivocaré al pronosticar que han de ser gustados, más objetivamente apreciados, por los lectores extranjeros. Ello no significa disuadirles de la conveniencia de que aparezcan también en castellano, como habrá de acontecer un día u otro. Pero pasa además una cosa: el lector de nuestro idioma no tiene el hábito de lo autobiográfico: le interesa la realidad, pero le asusta al mismo tiempo y prefiere que se la den novelizada.

Tras leer estas consideraciones, podría deducirse que Barea percibió que las posibilidades de publicar su obra con Losada se alejaban un tanto, máxime cuando un poco más adelante Torre le relata la experiencia vivida con la publicación de un libro de memorias de Philippe Soupault en el que relataba su experiencia como prisionero en una cárcel de Argel durante el gobierno del general Pétain. Torre le propuso la edición a Gonzalo Losada, que le respondió de este modo: «relato autobiográfico, mezclado a una actualidad política ya superada, no; si fuera una novela, sí». Y Torre remacha: «Hablaba recogiendo la opinión de nuestro público». Lo cierto es que el crítico español se expresaba sin dobleces pues las mismas consideraciones que efectúa a Ilsa

de forma privada las plasmará poco después cuando registre sus impresiones de lectura de *La Forja* en el artículo aparecido en la revista porteña *Saber vivir* en donde apunta:

El lector extranjero [...] prefiere, cuando de vidas interesantes se trata, conocerlas en su cruda verdad, sin adobos novelescos, ni afeites embellecedores. Contrariamente el lector de nuestro idioma carece del hábito y del gusto autobiográficos; le interesa la realidad [...] pero le asusta al mismo tiempo y prefiere que se la den novelizada [Torre, 1947].

No parece que estas apreciaciones se ajustaran a la realidad porque, una vez publicado el libro en español, alcanzará un resonante éxito de ventas: unos diez mil ejemplares en los primeros meses [Eaude, 2001: 170].

Pero la sustanciosa y expresiva carta de Torre no acaba aquí porque todavía añade ciertas sombras y algunas claridades:

Por eso temo anticiparme a hacer cualquier gestión del libro de Arturo, sospechando que me den una respuesta parecida. Pero eso no quiere decir, ni mucho menos, que deba desistirse de ellas. No es uno, sino varios los editores que pueden encararse. En cualquier caso –y como en América sigue teniendo un eco y un prestigio sin par todo lo que llega de Francia– cuando lleguen los tomos de la traducción francesa, publicada por Gallimard, y que ustedes, me anunciaban, con ellos a la vista tiene más probabilidades de resultar cualquier negociación editorial.

Resulta un tanto peculiar el juego de Torre por ser a la vez juez y parte, pues ocupa un papel relevante en el entramado editorial de Losada, por cuyo progreso debiera velar, máxime cuando se trata de un negocio que se aventura provechoso. ¿Puede más en él la objetividad del crítico y la franqueza del amigo o se trata en realidad de un juego estratégico para conseguir el libro en mejores condiciones? Difícil resolver semejante ecuación. La carta se cierra con la sugerencia de que envíen alguna colaboración para la revista *Cabalgata* «que tiene muy buena difusión».

Ese ruego iba dirigido especialmente a Ilsa porque Arturo Barea ya sabía de ese proyecto de revista y en una carta fechada en Oxford el 26 de agosto de 1946 había ofrecido a Torre algunas de sus «*short stories* [...] ya publicadas en inglés y algunas en otros idiomas más [...] pero ninguna en español». Junto con la carta, Barea adosa tres cuentos, sobre los que ofrece la siguiente información:

Bien, le incluyo tres de estas historias, dándole plena libertad para disponer de ellas y pidiéndole únicamente que si no le interesan me lo diga con entera franqueza, para que si se tercia la ocasión, pueda intentar otro camino. Las tres historias se han publicado en inglés: «Las tijeras» en *Horizon* en 1941 y en una antología de *Horizon Stories*; actualmente está pendiente de publicación en Holanda y Dinamarca. «El testamento» se publicó en *Modern Reading* en 1943, en Italia por selección del British Council y en Dinamarca. «Mr. One» se publicó en *Voyage* —un volumen de short stories de varios autores— en 1945, y lo será en breve en Dinamarca. Claro es, que todos estos títulos honoríficos no excluyen la posibilidad de que a usted le parezcan en español indignas de las letras de molde¹⁵.

Esos cuentos pasarían a formar parte de su libro *El centro de la pista*, el primero en publicarse en España tras su destierro —y tras su muerte pues aparecería en 1960 en las prensas de las madrileñas Ediciones Cid—. Por su publicación se interesa Arturo Barea casi un año después, en una nueva carta fechada en Oxford el 5 de marzo de 1947: «¿Ha pasado algo con los cuentos que le mandé y que usted no quiso dar a *Cabalgata* sino a otra revista?». Torre le informará al respecto nueve días más tarde:

Le remito por correo ordinario un ejemplar del último número de *Los Anales de Buenos Aires* (dirigida por mi cuñado Jorge Luis Borges, pues ya sabrá usted que mi mujer es la pintora Norah Borges) que inserta, con todo honor a la cabeza, su cuento “El testamento”. [...] Otro cuento ya está aceptado en *Sur* y aparecerá allí próximamente. Únicamente queda en mi

¹⁵ Esta carta se conserva en la Staats-und Universitaetsbibliothek Hamburg Carl Von Ossietzky, sign. NGT: 11: 1.

poder el titulado “Las tijeras”, que todas estas revistas, aunque no son precisamente familiares, encuentran algo crudo y desapacible.

En efecto, «El testamento» había aparecido en el número 12 de *Los Anales de Buenos Aires* en febrero de 1947 (pp. 3-8) [Barea, 2014: 227-232], sin embargo, ni el supuestamente aceptado por *Sur* (que debe ser «Mr. One»; [Barea, 2014: 256-259]) llegará a ser publicado ni «Las tijeras» encontrarán acomodo en el medio periodístico argentino: su crudeza radica en el deseo de la curiosa y truculenta protagonista de abrir con las tijeras «la tripa de arriba abajo» a su pequeño hermano para ver «lo que tiene dentro» [Barea, 2014: 246-250; cita en p. 250].

Pero en la carta del 5 de marzo hallamos informaciones complementarias. Barea responde a las reticencias planteadas por Torre y, como no podía ser menos, vende los primores de su obra, basándose para ello en hechos incontrovertibles: su éxito de ventas y las continuas solicitudes que se le formulan para ser traducida a nuevos idiomas. De nuevo la cita es larga, pero, entendemos, sustanciosa:

Sobre mi trilogía, agradezco mucho su buena impresión y comprendo la dificultad de juicio habiéndose visto mezclado en épocas y lugares idénticos. La actitud de Losada me parece un poco más difícil de comprender. Partiendo, claro, del mismo razonamiento que usted hace, mejor dicho, pone en boca de él: el razonamiento puramente comercial que me parece justo, porque un editor no puede ser Mecenas, sin arruinarse. Pero ... mi razonamiento también es puramente comercial:

La trilogía se está extendiendo por el mundo con un gran éxito: En Dinamarca se ha convertido en un *best seller*. Aquí en Inglaterra ha llegado a la quinta y sexta reimpresión. En los Estados Unidos, después de ese recorte del *New York Times* que usted tiene, se han publicado revistas de página entera en los primeros periódicos y Brentano ha hecho una exposición del libro en la Quinta Avenida¹⁶. En Francia Gallimard publica en junio; en Holanda en el mismo mes. En Noruega en otoño. Y ahora me pregunto yo, ¿qué garantías precisa un editor de lengua española sobre el éxito de un libro?

¹⁶ Véase, de nuevo, la nota 7. Todo parece indicar que Torre aprovechó estas informaciones para su artículo.

No le queda otro baluarte de defensa que es que usted dice de que el público no quiere autobiografías, –el público de habla española–. Bien. Ramón Sender ha publicado una página entera en el *New Leader* y adjunto le mando una copia de ella. ¿Es testimonio bastante de que, aunque Losada esté en lo cierto en líneas generales, en este caso puede errar; o no?

En efecto, Ramón J. Sender había publicado un largo artículo elogioso sobre *The forging of a rebel* titulado «The Spanish autobiography of Arturo Barea» en *The New Leader* (11 enero 1947, p. 12; se reproduce en Chislett / Marqués [2017: 95]). El artículo sirvió para que Sender y Barea trenzaran ciertos lazos de amistad ya que, a partir de entonces, empezó entre ellos un fructífero intercambio epistolar. Sin embargo, las relaciones entre Sender y Torre no eran amistosas, más bien al contrario. El autor aragonés tenía una especial inquina hacia Torre, tal vez por haber sido objeto de algún rechazo en Losada, por alguna crítica adversa o quizá por tratarse de un aguerrido rival a la hora de obtener colaboraciones en los medios hispanoamericanos. De esa animadversión son buena muestra los comentarios que Sender traslada a Joaquín Maurín en sus cartas. Baste un ejemplo:

Mi olfato profesional y mi experiencia me dicen que ese colega está frenético por mis artículos (no lo confesará nunca porque me tiene seguramente miedo). Él tenía la exclusiva y el monopolio del comentario literario en todo el orbe hispanoamericano. Es poca cosa como crítico y todo lo resuelve con fichas bibliográficas y datos nimios a los que trata de dar importancia en vano. En fin, que no tiene aliento y tal vez él lo sabe. (Carta del 11 de agosto de 1953) [Caudet, 1995, 114]¹⁷.

Los comentarios sobre Sender tendrán respuesta en una carta posterior de Torre, según veremos, pero Arturo Barea aduce nuevas razones para atraerse el interés de la editorial Losada:

¹⁷ Sobre la animadversión de Ramón J. Sender hacia Guillermo de Torre, véase Pablo Rojas [2015: 502-507; 2023: 490-496].

Entre paréntesis y aunque esto aún no ha pasado de los preliminares nuestro agente literario está en conversación para la cesión de derechos cinematográficos a la Columbia para filmar el libro, como una réplica a el [sic] libro y la película de Hemingway. Ya he tenido algunos curiosos anónimos sobre la edición española.

Digo anónimos en el sentido de que con excepción de una casa editorial de Brasil ninguno de ellos ha dado la cara sino se ha presentado tras tercera persona. No tengo interés en tratar con esta clase de gentes, pero al mismo tiempo me parecería un poco tonto que si el éxito de crítica norteamericano se convierte en un éxito correspondiente de venta se encontrarán ustedes de la noche a la mañana con que habían perdido una buena oportunidad.

Pero en fin, esta es una cuestión que, naturalmente, usted la puede ver muchísimo mejor que yo y por lo tanto decidirla. Desde mi sitial, me atrevería a decir que debería usted considerar el caso otra vez: es un libro del que puede usted presentar hoy las críticas más entusiastas de los mejores críticos de Europa. Sartre quiere reproducir algunos trozos de la *Forja* en su revista. Aquí, *Horizon* reprodujo un capítulo del *Track*. El Gobierno Aliado en Italia reprodujo el capítulo VI de la segunda parte del *Clash* para su revista de propaganda. Es decir, el libro se encuentra ya con todas las garantías de un libro que va a hacer época, en la literatura internacional actual.

No hay en esto ni pasión de autor, porque con este libro me está pasando algo de lo que les debe pasar a las mujeres que paren quíntuples, —es decir que no entienden lo que les ha ocurrido—, ni tampoco prisa. Hay franqueza y además el que me daría una gran alegría que fuera Losada quien lo hiciera mejor que otro. Este libro, además, se leerá en España un día y mi intención es ceder los derechos de publicación en español totalmente, es decir incluyendo España.

Torre recibió la carta de Barea el 11 de marzo y tres días más tarde le daba cumplida respuesta. Hace gala allí de los trabajos publicitarios que ha emprendido para dar a conocer su obra en Hispanoamérica: «esperando seguir teniendo el honor de ser su introductor en las revistas de este continente —a lo que contribuirá el largo artículo que pienso dedicar a su trilogía novelesca, y del que si puedo le mandaré una copia aún antes de ser publicado—»¹⁸. Se refiere Torre al artículo que

¹⁸ En realidad, ese primer artículo sólo ocupó dos páginas de la revista [Torre, 1947].

aparecerá en breve en las páginas de *Saber vivir*, primero, como ya se ha apuntado, en ocuparse de *La forja de un rebelde* escrito en español o al menos para medios de habla castellana (téngase en cuenta que el artículo de Sender fue escrito en español, pero apareció en inglés y destinado a medios angloparlantes). Tras esta introducción, Torre pasa al tema de la posible edición de *La forja* en Losada:

En cuanto a los libros en sí mismos, respecto a sus posibilidades editoriales, quizá ha tomado usted demasiado rigurosamente las reservas que le hacía. Desde luego plantearé el caso más detenidamente ante Losada –antes, en realidad hubiera sido imposible, ya que solo ahora termina el periodo de vacaciones desde fines de año; yo acabo de regresar de un largo veraneo en las playas de Uruguay– con todos los argumentos que usted alega y otros más de mi cosecha. Ahora bien, desde ahora quiero prevenirle que yo en la editorial no tengo, para estos casos, facultad resolutoria: sugiero, propongo, asesoro, pero nada más. Lo contrario equivaldría a asumir responsabilidades directivas en lo económico, cosa que siempre he rehuido, a burocratizarme, lo que aún me inspira más espanto. En último extremo sepa usted que mis contactos editoriales no terminan con la editorial Losada, que tengo muy buenas relaciones con otras casas de aquí y que estoy dispuesto a hablar a sus directores con los argumentos más convincentes. Cierto que el momento es poco propicio para que nadie de buenas a primeras se comprometa a hacer una obra tan extensa y costosa de impresión, ya que el encarecimiento de la producción librera alcanza límites fabulosos, a tono con el proceso de inflación y con la política demagógica que nos toca soportar en esta República. Pero en cualquier caso insisto en que su libro saldrá más tarde o más temprano, en nuestro idioma, y en este sentido puede estar usted tranquilo. Nada de lo anterior significa, por lo demás, que usted puede dejar de hacer gestiones de otra índole, bien directamente o por la vía de agentes especializados.

No olvida Torre mencionar el artículo de Sender, quien, en su opinión, «pedantea como de costumbre» y apunta además: «No: los mejores libros, junto con el de usted sobre la guerra española, no es *Contraataque* sino las novelas de Max Aub *Campo cerrado* y *Campo de sangre*, publicadas en México». Alude Torre a *Contraataque*, libro que Ramón

J. Sender publicó en 1938 bajo el auspicio de la editorial comunista «Nuestro Mundo». Se tradujo al inglés y al francés rápidamente. Sobre él realiza Torre una interesante reflexión en unas notas privadas escritas al poco de terminar la guerra civil con el título de «Soliloquios de un isleño», recogidas posteriormente en su libro de carácter autobiográfico *Tan pronto ayer*. Estima allí que el libro de Sender es «admirable y hasta hoy el más veraz y conmovido que nuestra guerra ha producido en ningún idioma». Sin embargo, muestra su radical disconformidad con las tesis «pro-beligerantes» que el libro alentaba. En su opinión, para Sender:

El estallido de la guerra fue poco menos que la realización de un sueño largamente acariciado: el trueno que resolvió en tormenta un estado atmosférico muy cargado, terminando con la tensión violentísima en que la catástrofe se incubaba desde hace meses. Para él, pues, la guerra, fue como un desencadenamiento fatal de algo anhelado. El paso a un estado de liberación y netitud al romperse el equilibrio de la paz y dar rienda suelta a los instintos defensivos y ofensivos de combatiente político [Torre, 2019: 153].

Completamente diferente fue el sentimiento que Torre [2019: 153] experimentó tras el estallido de un conflicto que él consideraba excesivo e innecesario y que nada justificaba: «yo no vacilo en declarar que mi primera reacción ante el inicial chispazo bélico fue rigurosamente la opuesta. Sentí la guerra, sentí la escisión civil como algo que físicamente sólo cabe aguantar, que mi razón se negaba a aceptar, como un crimen inexpiable».

Haciendo gala una vez más de la sinceridad de sus juicios, que no mutan al hacerse públicos, en su «Presentación de Arturo Barea» escribe: «No es que falten otros cultivadores del género, pero ninguno, con la excepción de Max Aub, en sus libros *Campo cerrado* y *Campo de Sangre*, ha conseguido, como el autor de la famosa trilogía, traducir una experiencia nacional y hasta local en términos tan centrífugos y universales». Citamos aquí por la versión publicada en la revista uruguaya *Número*

(p. 277; de similar tenor en Torre [1967: 193]). Con posterioridad, en varios artículos publicados tras la muerte de Barea, recogidos en *Al pie de las letras*, Torre [1967: 195] compara la obra de este con la de Sender:

Para no sacar a Barea de su propio ámbito, cotejándole únicamente con otros novelistas españoles del destierro, habría que mencionar a alguien como Ramón J. Sender, por quien el autor de *La forja* mostraba una estimación particular. Las reservas que contrariamente merece a otros, debidas a la carencia de estilo y a cierto rudimentarismo mental, quizá puedan ser superadas cuando se le juzgue por sus últimas novelas. Pero no se olvide que Sender tenía ya realizada gran parte de su obra al salir de España; de suerte que, si limitamos la visión a los novelistas españoles revelados en el destierro, el único que puede medir su talla con Arturo Barea no es otro que Max Aub [...] y no solo por su gran tetralogía de los *Campos*, sino también por algunos de sus numerosos libros posteriores.

Sobre lo manifestado por Torre acerca de Sender escribe a continuación Barea lo siguiente (en carta expedida desde Oxford el 20 de abril de 1947):

Me he sonreído de su crítica sobre Sender y creo que es usted un poquito duro con él. Es verdad que la manera en que ha citado *Contraataque* es pedantesca y en general todo el tono del artículo sobre mi libro; pero de las noticias que yo he ido coleccionando acá y allá sobre Sender, creo que el pobre debe de estar muy aislado y muy amargado, y no es extraño que sus reacciones en cada ocasión posible traten de ser dogmáticas o un poco despectivas hacia los demás. No conozco estos dos libros de Max Aub que usted cita, ni los tiene aquí Gili. Lo cual quiere decir que si hay una posibilidad me los mande.

En este intervalo, Torre se puso de nuevo en contacto con Barea en una carta que debió enviar desde Buenos Aires el 14 de abril, al parecer perdida. En ella debió trasladarle el interés efectivo de Gonzalo Losada por publicar la trilogía de *La forja*. Acto seguido, Barea detalla las condiciones que pone para que la primera edición en español pudiera llevarse a término:

Me alegra infinito que el Sr. Losada se haya decidido a considerar la publicación de la trilogía.

Como ya le decía en una de mis anteriores, no quiero ser yo el que haga dificultades para la edición española, que aparte del natural orgullo de papá de la criatura considero absolutamente necesaria como un granito de arena en esta lucha por construir una mejor comprensión entre españoles y sus afines y para su auto-comprensión. Naturalmente tampoco quiero repetir la triste historia de tantos autores españoles que otro se alce con el santo y con la limosna.

Aunque naturalmente esta carta no es la redacción de un contrato sino una carta personal a usted, mi idea –y debo decir ante todo exclusivamente en un contrato con la casa Losada– es calcular un tanto por ciento muy reducido, por ejemplo un ocho por ciento sobre los 3000 primeros ejemplares, pero después aumentar gradualmente al diez hasta 5000, al doce y medio hasta 25000 y al quince del 25000 en adelante. La amplitud de los derechos sería para América y para España y Portugal en lengua española; y naturalmente para la venta en lengua española en todo el mundo –por ejemplo aquí sé que se pueden vender algunos cientos de ejemplares y Gili lo corroborará.

Pero hay una cosa muy importante: no concedo a Losada el derecho de traspasar sus derechos a otro editor de América o de otra parte sin una previa conformidad mía. (Esto sobre todo es una protección contra editoriales políticas que pudieran tratar de «congelar» el libro). Estoy conforme con conceder el plazo de tres años para la publicación, pero previsto que el primer tomo se publique dentro del primer año y que se haga un avance de la mitad de los royalties sobre los 3000 al firmar el contrato y la otra mitad al publicarse el último de los tres volúmenes.

Desde luego, creo que la obra debería publicarse en tres tomos y el texto completo, tal como se ha hecho en la edición inglesa y no recortado como los americanos lo han hecho. Ni que decir tiene que no admito correcciones en el texto español o cortes sin previa discusión. Pero sobre esto tengo que aclarar que yo mismo reconozco seguramente habrá que pulir algunas crudezas demasiado violentas del lenguaje en el texto español, igual que Ilsa ha hecho con la traducción inglesa, y no me voy a negar a ello absolutamente.

Le voy a mandar en breves días el manuscrito de *La Forja*. Los otros dos están copiándose porque con la traducción francesa y la italiana ya no tengo más copias a máquina, pero su copia está muy avanzada y seguramente cuando hayamos llegado a un acuerdo definitivo estarán listas para entregarlas. Desde luego el contrato se hará como todos a través de mi agente en

Londres, porque yo no quiero ocuparme absolutamente de todas las complicaciones legales y técnicas. Faber tiene únicamente los derechos para Inglaterra y los dominios en la traducción inglesa y yo los derechos exclusivos de cada idioma.

No quiero ni hacer presión ni meter prisa, pero sí agradecería que el Sr. Losada tratara este asunto lo más rápidamente posible. Con la edición norteamericana llevo ya recibidas tres peticiones de condiciones para la edición española que he contestado simplemente, diciendo que estaba en tratos preliminares con otro editor; y naturalmente no quisiera tampoco perder oportunidades. Mi actitud es, dejar abierta la opción a la editorial Losada hasta que me den una contestación definitiva en un sentido o en otro. Pero claro es, esta actitud mía no la puedo prolongar indefinidamente.

Esto es en líneas generales mi manera de considerar la edición española y ahora espero sus noticias o mejor dicho las noticias de Losada, para discutir lo que sea discutible.

Vuelve a insistir Barea, como se ve, en que pronto va a enviar una copia del texto en castellano de *La forja*, señal de que por entonces poseía algún original. Llama también la atención su exigencia de que no se produzcan «correcciones» o «cortes sin previa discusión», lo cual hace pensar que se ocupó personalmente de la corrección de pruebas y que los errores con que apareció la primera edición de Losada fueron imputables más al autor que a los operarios de la editorial. También resulta interesante el comentario que formula sobre su deseo de que el libro no aparezca recortado, como había ocurrido con la edición americana: en efecto, en la versión castellana tendrá incluso algún añadido: tres capítulos más incluidos en *La ruta* (el noveno de la primera parte y el tercero y séptimo de la segunda).

Guillermo de Torre debió de contestar a la anterior misiva a comienzos de mayo de 1947. El 20 de ese mes, Barea le dirige una nueva carta agradeciéndole sus exitosas gestiones: «Solo unas líneas para contestar su carta y decirle que he recibido la carta del señor Losada a la cual he contestado dando mi conformidad y dejando los detalles del contrato a mi agente. Pero tengo que mandarle las gracias que siempre

se le dan al “padrino”. Desde luego la correspondencia con la editorial es puramente oficial y no tiene nada que ver con la nuestra».

Además, Barea adopta las recomendaciones que Torre, avezado agente publicitario, le sugiere para ir encauzando el discurrir comercial de su libro: «Sigo su consejo y he empezado a preparar traducciones de las críticas más destacadas de los libros en Inglaterra, EE.UU., y Dinamarca. Todavía no hay críticas francesas porque Gallimard demora la venta pública de *La Forja* hasta que Sartre haya publicado unos extractos del libro en su revista *Temps modernes*, lo que ha prometido hacer en junio». En efecto, dichos fragmentos aparecerán en el número 21 de junio de 1947.

Esta vez Torre se demorará en la respuesta que se hará efectiva el 14 de julio. La razón de esa demora se debe a que estaba «esperando acusarle recibo del original castellano de su libro, que aún no ha llegado a nuestro poder». En cambio, lo que sí había llegado era el ejemplar del contrato, cuya firma pospone Losada «hasta haber recibido dicho manuscrito». Torre le informa también del envío del recorte del artículo que le había dedicado en *Saber vivir*: «según reza el título “una presentación” –la primera tal vez que de usted se hace en castellano– a fin de ir preparando la atmósfera a la publicación del libro». Lo cierto es que dicha publicación se demorará bastante tiempo pues parecía que a mediados de 1947 el trato ya estaba cerrado. Quizá los problemas ocasionados por el encarecimiento del precio del papel pudieron jugar en su contra según apunta el propio Torre en alguna carta a Barea y a otros corresponsales por la misma época (a Max Aub, por ejemplo, le advierte en el verano de 1951 de que «cuesta ahora imprimir cuatro o cinco veces más de lo que costaba hace pocos años» [Ródenas de Moya, 2018: 24]). El hecho es que, según deseaba el autor, *La forja de un rebelde* aparecerá por vez primera en castellano dividida en tres volúmenes, pero cuatro años más tarde: el 18 de mayo de 1951. Ello no fue óbice para que la editorial fuera creando expectativas con la aparición del libro y en ello el propio Torre se empleó a fondo. Por ejem-

plo, en octubre de 1949 reeditó el artículo que previamente había publicado en *Saber vivir*, esta vez en la revista uruguaya *Número*. El artículo iba acompañado de un fragmento de *La forja*: el titulado «Tierras de pan». Se advertía allí de lo siguiente: «Este cuarto capítulo de *La Forja*, novela inédita de Arturo Barea, se publica con autorización del autor y de la Editorial Losada, propietaria de los derechos de la obra en lengua castellana» (p. 291). Pero todavía faltaban dos años para que el libro viera la luz.

Aunque resulta más que probable que la correspondencia entre Torre y el matrimonio Barea se mantuviera entre 1947 y 1951, apenas quedan rastros de ella, al menos a nuestro alcance. El 15 de noviembre de 1951, Barea pide a Torre que le «cuente cuantos detalles pueda sobre la acogida de la trilogía en esas tierras» y le avisa de que «alguien va a publicar una revista en el T.[imes] L.[iterary] sobre la edición [en] español, aunque no sé quien es, si amigo o enemigo; pero en todo caso, valen más que hablen mal que no que no hablen»¹⁹.

Poco después, en diciembre, Torre, siguiendo con su labor promocional, volverá a publicar con leves variantes su «Presentación de Arturo Barea», esta vez en las páginas de *Sur*, revista a la que estaba íntimamente unido por haber ejercido en ella la labor de secretario en sus comienzos. Hará lo propio en *El Nacional* de Caracas en donde colaboraba con regularidad.

La trilogía conoció un éxito inmediato, lo que permitió a Barea publicar nuevos libros en tierras argentinas: *La raíz rota* apareció en las prensas de Santiago Rueda en 1955 y *Lorca, el poeta y su pueblo* de nuevo en Losada un año más tarde. Seguramente Torre intercedió para que tales empresas llegaran a buen puerto. En la citada carta de Barea del 15 de noviembre apunta: «Voy a mandarle en cuanto esté listo, el original español de *La raíz rota*. Como siempre, no hay más que un ejem-

¹⁹ Esta carta se conserva en la Staats-und Universitaetsbibliothek Hamburg Carl Von Ossietzky, sign. NGT: 11: 2.

plar y lo estoy copiando a toda prisa. La Revista *Número* publicará en breve el capítulo III, lo cual al fin y al cabo es propaganda». Quizá se trata de un lapsus de Barea porque lo que aparece en *Número* (nº 19, abril-junio 1952, pp. 135-146) es un artículo titulado «Federico García Lorca. El poeta y el pueblo», avance del libro dedicado al autor granadino. De nuevo, la aparición de esos libros se demorará varios años. Al hacer balance de la trayectoria de Barea, Torre [1967: 194] considerará que *La raíz rota* no estaba entre lo mejor del autor y aducirá para sostener tal opinión las siguientes razones: «Barea se había fijado ahora un tema que escapaba a su penetración directa. Maestro en el arte de describir y novelizar lo próximo, lo realmente vivido y sentido con su espíritu y su sangre, no podía menos de sentirse torpe en la empresa de imaginar, intuir lo distante».

Con respecto al libro dedicado a Lorca, Torre [1967: 192, 197] recuerda «la desconfianza por lo intelectual» de Barea y para refrendar tal aserto acude al epistolario intercambiado con éste:

Recuerdo [...] algunas de nuestras cordiales discusiones epistolares, motivadas por la interpretación genuina, pero extraliteraria, que él ha dado a la figura de Lorca en su libro de *The poet and his people* y su desconfianza hacia todo lo que despidiera algún olor de “highbrow”, entre cuya especie constitutivamente me encuentro, y en muy grata compañía por lo demás... (¿No es cierto, amiga Ilsa Barea, gratificada con el mismo apelativo por el hijo del Avapiés...?).

Alude probablemente Torre al pasaje de una carta que Barea le envía en agosto de 1946 en la que acusa recibo del primer número de la revista *Cabalgata*, el cual, apunta, «me ha interesado mucho, aun a pesar de que yo personalmente le encuentro –cómo no– el defecto de ser demasiado *highbrow*, sobre todo en lo que se refiere a pintura». Alude también a continuación a la diferencia de pareceres con su esposa: «Cuando Ilsa y yo pasamos a través de este tema nos ponemos como dos gatos con una sola tajada de hígado o si lo prefiere usted más gráfico, como ese gato de Picasso que reproduce en su revista».

El hecho es que la popularidad alcanzada con *La forja* abrió a Barea nuevos e insospechados horizontes. Informa a este respecto a Torre en la citada carta de noviembre del 51:

La cosa es que he tenido una invitación de Pensilvania para ir al State College de aquel estado, como profesor-huésped de español para el segundo curso y para la escuela de verano y dar unas lecturas sobre Lorca y sobre la Novela Contemporánea española, y lo he aceptado. Parte por el beneficio económico y parte por el interés de ver algo de ese Continente, aunque a lo peor me tenga que conformar con que solo sea Yanquilandia. Pero una vez allí, quiero por lo menos intentar el ir una semana a México. Esto va a ser una aventura, de la que espero salir bien o por lo menos sin escalabraduras, aunque haya chichones; porque la verdad es que esto de meterse a profesor me asusta un poquito²⁰.

Se cumplirá en efecto ese deseo de conocer Hispanoamérica: entre abril y junio de 1956 hará una larga gira de conferencias por Argentina, Chile y Uruguay. Fue recibido entonces por un público entusiasta y tal éxito le abrió las puertas de *La Nación* en donde colaboró con 64 artículos hasta su fallecimiento en diciembre de 1957²¹. Como apunta Michael Eade [2001: 171-172], aunque Barea «no volvió nunca a España, [...] su recepción en estos países de habla castellana le conmovió y agradó».

Su paso por Buenos Aires hizo posible que Barea y Torre se conocieran en persona. Torre le acompañó en algunas de las conferencias que organizó la Sociedad Argentina de Escritores. Barea solicitó la opinión del «crítico» a la salida de una de ellas y Torre [1967: 196], con sinceridad, le contestó de la siguiente forma: «la verdad es que el público que le escucha, solo se siente profundamente interesado cuando usted le cuenta cosas vistas y vividas, con sencillez y simpatía comunicativa;

²⁰ Sobre el paso de Barea por la universidad americana, véase William Chislett [2017: 38].

²¹ Sobre el periplo hispanoamericano de Barea, véase Gladys Granata de Egües [1993] y Michael Eade [2001: 170-172].

pero cuando usted se lanza a teorizar sobre lo que debe ser la literatura o sobre el rumbo que debe seguir la humanidad..., entonces ya entra en terrenos ajenos, que otros pisan con más aplomo». Son palabras que Torre recoge en un artículo en el que barema los méritos literarios contraídos por Barea. Conmocionado por la muerte súbita del amigo, Torre, como era habitual en él, lo replicará en diversos medios (*El Litoral*, *El Nacional*, *Talía*; véase bibliografía) y lo recopilará posteriormente en *Al pie de las letras*.

CONCLUSIÓN

Como apunta Fernando Larraz [2016: 65], «la impronta de Guillermo de Torre es especialmente visible en Losada durante los primeros diez años de la historia de la editorial, hasta aproximadamente 1948, cuando los problemas económicos obligan a restricciones en las publicaciones, comenzando así el final de la llamada “Edad de Oro de la edición argentina”». Losada ha sido identificada a veces como «la editorial de los exiliados» [Larraz, 2018: 63], y es verdad que acogió en su seno a muchos de ellos, sin embargo, primó sobre todo en su gestión el aspecto económico (del que se ocupó principalmente Gonzalo Losada) y también el creativo. Torre se ocupó principalmente de este último y buena parte de la selección del catálogo tiene que ver con su mano. No le faltaba olfato editorial pues, como apunta de nuevo Larraz [2018: 65], «es uno de los mejores conocedores de la literatura americana contemporánea y uno de los intelectuales con una visión transatlántica más clara». Entre sus méritos, aunque no se le han solido reconocer, está el hecho de que *La forja de un rebelde* se publicara por primera vez en español. Nuestro primer objetivo en este artículo consistía justamente en reivindicar esa labor. Pero Torre no se quedó ahí, también publicitó la obra de Barea por tierras de Hispanoamérica, franqueándole las puertas de diversas revistas y antologías. Esto hizo

posible que otros libros suyos conocieran ediciones en español, además de brindarle el acceso a universidades y centros culturales para dictar conferencias. En suma, la labor de Torre fue capital para la difusión de la obra de Arturo Barea en el ámbito de habla hispana.

Por otra parte, las cartas intercambiadas entre Torre y los Barea, de las que aquí hemos dado cuenta, ofrecen pistas sobre la vieja controversia surgida a raíz de la primera edición castellana de la trilogía, salpicada de errores gramaticales y anglicismos. La correspondencia aquí transcrita ya había sido empleada por Francisco Caudet en su excelente edición de *La forja de un rebelde*, aunque no tuvo en cuenta ni las misivas enviadas por Torre (por creer que no se conservaban), ni las guardadas en la Universidad de Hamburgo. Su exhumación en estas páginas hace que alcancemos una visión más perfilada de los entresijos editoriales que condujeron a la publicación de *La forja* en 1951.

Suele apuntarse que los errores de la primera edición castellana – muchos de ellos corregidos en 1954, aunque no todos, como advierte Caudet [Barea, 2019: 99]– se debieron al hecho de que el manuscrito original en español se extravió e Ilsa Barea (con el beneplácito de su esposo) lo retradujo al castellano, a partir de la versión inglesa [Eaude, 2001: 230]. Francisco Caudet va un paso más allá y plantea lo siguiente: «no es [...] que se perdieran los manuscritos de esas dos novelas [*La ruta* y *La llama*] sino que no los había habido nunca, no habían existido nunca» [Barea, 2019: 106]. Lo cierto es que, en los materiales aquí transcritos, se documenta la existencia de copias originales en español, que Arturo Barea estaría «recopiando». También se alude a otro ejemplar que guardaría el traductor francés, Paul Verdevoye. Como hemos apuntado en las páginas precedentes, nos parece que la hipótesis lanzada por Francisco Caudet no está suficientemente fundamentada, de lo que el mismo autor es consciente cuando, a renglón seguido, confiesa que carece de «pruebas concluyentes» [Barea, 2019: 107]. Michael Eaude [2001: 230] ya rechazó estas tesis al apuntar que «las evidencias de Olive Renier y Margaret Rink, las ayudantes de tra-

ducción de Ilsa, rebaten esto [que Ilsa Barea participara en la escritura de la trilogía] tajantemente».

Nos tememos que el misterio sobre los errores de edición y los anglicismos que afearon la primera versión de *La forja de un rebelde* continuará, por el momento, sin resolverse. Se emplean argumentos que la realidad no parece justificar: la premura con la que se realizó la edición (lo cierto es que pasaron casi cinco años), la indolencia de Arturo Barea (que, sin embargo, pidió a Torre supervisar el contenido, práctica habitual en Losada, que enviaba las pruebas a los autores), la misma despreocupación de Guillermo de Torre (cuando era una persona muy responsable) o del personal de Losada (ducho en este tipo de trabajos). Quizá estas páginas hayan contribuido a esclarecer alguno de esos enigmas o, al menos, a encauzar su resolución.

FUENTES CONSULTADAS

- Archivo personal de Guillermo de Torre, Biblioteca Nacional, Correspondencia entre Ilsa y Arturo Barea con Guillermo de Torre, sign. MSS/22819/30.
- Archivo personal de Guillermo de Torre, Biblioteca Nacional, Correspondencia entre Paul Verdevoey y Guillermo de Torre, sign. MSS/22831/110.
- Fondo Guillermo de Torre, Staats-und Universitaetsbibliothek Hamburg Carl Von Ossietzky, sign. NGT: 11: 1-2.

BIBLIOGRAFÍA

- BAREA, Arturo (2019): *La forja de un rebelde*, ed. de Francisco Caudet, Madrid, Cátedra.
- ____ (2014): *Cuentos completos*, ed. de Nigel Townson, Barcelona, DeBolsillo.
- ____ (2000a): *La forja de un rebelde*, Barcelona, Editorial Debate.
- ____ (2000b): *Palabras recobradas*, ed. de Nigel Townson, Barcelona, Ed. Debate.
- BÉHAR, Roland (2021): «Verdevoyanas versiones. Los inicios de Paul Verdevoey como traductor, entre Federico García Lorca y Jorge Luis Borges»,

- en *La literatura latinoamericana en versión francesa: Trabajos del equipo MEDET LAT*, eds. Gustavo Guerrero y Gersende Camenen (Berlín / Boston, De Gruyter), 58-90.
- CAUDET, Francisco (1995): *Correspondencia Ramón J. Sender - Joaquín Maurín (1952-1973)*, Madrid, Ediciones de la Torre.
- CHISLETT, William (2017): «Arturo Barea: del Madrid de la guerra civil al exilio en la campiña inglesa», en *Arturo Barea. La ventana inglesa*, eds. William Chislett y Juan Marqués (Madrid, Instituto Cervantes), 21-40.
- EAUDE, Michael (2001): *Arturo Barea. Triunfo en la medianoche del siglo*, Badajoz, Editora Regional de Extremadura.
- GRANATA DE EGÜES, Gladys (1993): «Arturo Barea en la Argentina», en *Actas del III Congreso Argentino de Hispanistas. España en América y América en España*, eds. Luis Martínez Cuitiño y Elida Lois (Universidad de Buenos Aires), II, 597-601.
- ____ (1992): «Arturo Barea y *La forja de un rebelde*», en *Relaciones literarias entre España y la Argentina. Seminario 1991*, ed. Emilia de Zuleta (Madrid, Embajada de España), 117-135.
- LAGET, Laurie-Anne (2019): «El “verdadero portaestandarte ultraico”: Guillermo de Torre como artífice de una red transnacional del ultraísmo», *Ínsula*, 876: 14-18.
- LARRAZ, Fernando (2018): *Editores y editoriales del exilio republicano de 1939*, Sevilla, Ed. Renacimiento.
- ____ (2016): «Guillermo de Torre y el catálogo de la editorial Losada», *Kamchatka. Revista de análisis cultural*, 7: 59-71.
- MARTÍ, Rosa (2018): «Ilsa Barea, la forja de una traductora», *1611. Revista de Historia de la Traducción*, 12.
- RÓDENAS DE MOYA, Domingo (2018): *Vueltas sin regreso. Max Aub y Dionisio Ridruejo (Cartas)*, Madrid, Instituto Cervantes.
- ROJAS, Pablo (2023): *Guillermo de Torre. Por caminos y laberintos*, Madrid, Albert editor.
- ____ (2015): *Guillermo de Torre y la cultura del exilio*, Tesis doctoral, UNED.
- TORRE, Guillermo de (2019): *Tan pronto ayer*, ed. de Pablo Rojas, Sevilla, Ed. Renacimiento.
- ____ (1967): *Al pie de las letras*, Buenos Aires, Losada.
- ____ (1960): «Arturo Barea. Humano y auténtico», *Taltá*, 19-20.
- ____ (1958a): «Grandeza y limitación de un novelista: Arturo Barea», *El Litoral*, (26-I), 4.
- ____ (1958b): «Grandeza literaria de un novelista: Arturo Barea», *El Nacional*, (20-III).

- ____ (1951a): «Arturo Barea y *La forja de un rebelde*», *Sur*, 205: 60-65.
- ____ (1951b): «Presentación de Arturo Barea. *La forja de un rebelde*», *El Nacional*, (6-XII).
- ____ (1949a): «Presentación de Arturo Barea», *Número*, 4: 273-277.
- ____ (1949b): «Presentación de Arturo Barea», *Occidente*, 33-36.
- ____ (1947): «Presentación de Arturo Barea», *Saber Vivir*, 70.
- ____ (1945): «Arturo Barea», *Talía*, 54-55.